

EL CHUBASCO LLANERO

Por: **JOSE EUSTACIO RIVERA**

*"La Vorágine" 1924
Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 110, Volumen 30
1976*

"E n tanto que departíamos por la estepa, un cefirillo repentino y creciente empezó a alborotar las crines de los caballos y a retozar con nuestros sombreros. A poco, unas nubes endemoniadas se levantaron hacia el sol, devorando la luz, y un cañoneo subterráneo estremecía la tierra. Correa me advirtió que se avecinaba el chubasco, y abreviamos las planicies a galope tendido, arreando la brigada, suelta, para que se defendiera con libertad. Buscábamos el abrigo de los montes lejanos, y salimos a una llanada donde gemían las palmeras, zarandeadas por el brisote con tan poderosa insolencia, que las hacía desaparecer del espacio, agachándolas sobre el suelo, para que barrieran el polvo, de los pastizales crispados. En las rampas, con disciplinada premura, congregábanse los rebaños, presididos por toros mugientes, de desviadas colas que se imponían al vendaval agrupando a las hembras cobardes y abriendo en contorno una brecha categórica y defensiva. Las aguas corrían al revés y las bandadas de patos volteaban en las alturas, cual hojas dispersas. Súbito, cerrando las lejanías entre cielo y tierra descolgó sus telones sus el nublado terrible, rasgado por centellas, aturdido por truenos, convulsionado por borrascas que venían empujando la oscuridad.

El huracán fue tan furibundo que casi nos desgajaba de las monturas, y nuestros caballos detuviéronse, dando la grupa a la tormenta. Rápidamente nos desmontamos, y requiriendo los bayetones bajo el chaparrón, nos tendimos de pecho entre el pajonal. Oscureció el ámbito que nos separaba de las palmeras, y sólo veíamos una, de grueso tallo y luengas alas, que se erguía como la bandera del viento y zumbaba al chispear cual yesca bajo el relámpago que la encendía; y era bello y aterrador el espectáculo de aquella palmera heroica, que agitaba alrededor del hendido tronco las fibras del penacho flameante y moría en su sitio, sin humillarse ni enmudecer.

Cuando pasó la tromba, advertimos que la brigada había desaparecido y cabalgamos para perseguirla. Calados, entre la ventolera procelosa, anduvimos leguas y leguas sin poder encontrarla, y caminando tras la nube que corría como negro muro, dimos con los peñones del desbordado Meta. Desde allí mirábamos hervir las revolucionadas ondas, en cuyos crestones mojábanse los rayos en culebreo implacable, mientras que los barrancos ribereños se desprendían

con sus colonias de monte virgen, levantando altísimas columnas de agua. Y el estruendo de la caída era seguido por el traqueteo de los bejucos, hasta que al fin giraba el bosque en el oleaje, como la balsa del espanto.

Después, entre yerbales llovidos donde las palmeras iban enderezándose con miedo, proseguimos la busca de las bestias y, ambulando siempre, cayó sobre nosotros la noche, al parpadeo de los postreros relámpagos".

N. R. José Eustacio Rivera, diplomático, poeta y novelista colombiano (1889-1928), nacido en Neiva, cursó en Bogotá, su carrera de abogado y colaboró con el gobierno nacional en la oficina de longitudes como miembro de la comisión encargada de verificar los límites de la frontera con Venezuela. Su colección de sonetos que llamó "Tierra de Promisión" y su grandiosa novela "La Vorágine", constituyen el mejor canto de un patriota de Colombia a la inmensa belleza de la llanura, a su múltiple y vistosa fauna y a la diversidad de su flora.

